

Theodosio Principe, jam ultima senectute mortuus est.»

Verdadera gloria del pueblo barcelonés, San Paciano escribe en estilo brillante y limado, siendo sus obras muy á propósito, en sentir de Dupin, para inspirar un amor entrañable á la virtud, distinguiéndose por su pureza en la dición de los escritores de aquella época.

Hay en efecto, unción, energía y vehemencia en los trabajos que de Paciano hemos leído, especialmente en las *Epístolas* á Simproniano, en la *Ehortación á la penitencia* y en el *Tratado* sobre el *Bautismo*, que pueden verse íntegros en el apéndice al tomo XXIV de la *España Sagrada* del Padre Florez.

De las obras de San Paciano conocemos varias y muy correctas ediciones; la mas antigua se hizo en París el año 1538 por Juan de Tillet, y otra por Paulo Manucio en Roma el año 1564.—San Paciano debió morir el año 391.

Se hallan datos sobre su vida en el tomo II de los Concilios de Roma, que concuerdan con un apreciado códice, conservado en la Biblioteca del Vaticano, y que se cree perteneció á una reina de Suecia.

PEDRO, esclarecido y celebrado orador zaragozano, es, segun San Gerónimo, uno de los que sobresalieron por su buen decir en el siglo IV y principios del V en España.

D. Nicolás Antonio hace mencion de Pedro de Zaragoza en su catálogo de escritores, y dice tuvo noticia de su mérito por Pellicer.

Se le atribuyen con injusticia escritos que no le pertenecen.

C. JUVENCO, presbítero, se cuenta tambien entre los oradores sagrados de este período, en el cual caminamos todavía con incertidumbre y escasos datos para apoyar nuestros elogios en lo que se refiere al asunto de nuestro libro.

Juvenco figura entre los poetas cristianos de gran mérito (1); y si en él no se encuentra la fábula y el entusiasmo de los escritores profanos, no debe esto atribuirse á ignorancia del autor, sino á su empeño en conservar la verdad histórica.

Juvenco trabajó mucho en la conservación de la pureza del dogma en la época en que dan principio grandes trastornos y turbulencias para la península Ibérica.

AURELIO PRUDENCIO, poeta cristiano como Juvenco, educado en Roma y muy alabado por Genadio, Erasmo y otros autores, es otro de los hombres ilustres á quienes debíamos citar en este momento. El heroísmo de los mártires españoles inspira á Prudencio elegantes composiciones, y con su erudición y sabiduría ilustra la Iglesia (2), siendo digno por estas raras prendas de ser contado entre los mas graves escritores (3).

BACHARIO es el último de los insignes varones que ilustraron la península Ibérica durante el período histórico que nos ocupa.

A Muratori se debe (4) el que Bachario, tenido por in-

(1) Fortunato *in Vita Sancti Martini*, dice: «Primus enim docili distinguens ordine carmen Majestatis opus metri canit arte Juvencus.»

(2) Genadio, *De Scrip. Eccl.*, cap 13.

(3) Erasmo, *De Natali Jesu*.

(4) *Documentos inéditos de la Biblioteca Ambrosiana*. En esta

glés, se haya restituido á su verdadera pátria: nació en Galicia y fué presbítero en Braga.

Genadio le apellida filósofo cristiano, y dice que escribió opúsculos agradables, de los cuales se han conservado dos; el primero se titula *De Fide*, y el segundo *De reparatione lapxi ad januarium*.

Estos escritos muestran el celo y la energía de Bachiario, la pureza de su fé, la integridad de su vida y la elocuencia que le adornaba en sentir de Sanchez.

D. Nicolás Antonio y el P. Florez se ocupan de sus escritos con mayor estension que á nosotros nos es dable.

Acerca de la epístola *De reparatione lapxi*, se ha discutido mucho por los eruditos y bibliógrafos.

El tratado *De Fide* no se dió á luz hasta que lo publicó Muratori en Milan el año 1698, y la epístola al Obispo juniario se halla en la biblioteca de los PP.

Otros Prelados á mas de los que acabamos de indicar, otros hombres ilustres figuran en la primera mitad de los siglos medios; algunos de ellos recorren la Dacia, la Mæcia y la Tracia en el continente europeo, la Bitinia, la Galacia y el Ponto en el Asia menor; viajes de grandísima utilidad para las letras, y á los cuales se debió en gran parte, así como al empeño en reproducir, aumentar y conservar los manuscritos, la formacion de esas grandes bibliotecas, de esos arsenales inmensos del saber, por mucho tiempo desatendidos y hoy mirados con religiosa veneracion y profundo respeto.

obra Muratori niega que pueda ser inglés, y confirma su dicho manifestando que cuando vivió Bachiario no se conocian heregías en Inglaterra, siendo la primera que se introdujo la de Pelagio, el año 429: Fleuri y el P. Florez le hacen tambien originario de Galicia.

Paulo Orosio, varon eruditísimo, el presbítero Avito, el caritativo Licinio, Olimpio, Ripario, Desiderio, Praciliano, Itacio, San Dámaso, Euchario, Dextro, á quien se ha calumniado atribuyéndole uno de los falsos cronicones, Acilio, Severo, San Paulino de Nola; todos estos y algunos mas figurar deben en una historia literaria eclesiástica de España, con mayor motivo que en nuestro libro, consagrado mas principalmente al estudio de la elocuencia.

De todo lo dicho se infiere que España, en el gran movimiento literario del siglo IV no se quedó la última, antes bien sobresalió en primera linea, como lo comprueban los concilios de Toledo, que tienen dichoso principio el año primero del siglo V, y la pléyade ilustre, cuyo elogio acabamos de hacer.

Marco Porcio Ladron Córdoba fué el primer maestro de elocuencia que tuvo Italia, y el primero tambien que mereció una decorosa recompensa por sus esplicaciones Marco Fabio Quintiliano de Calahorra: los Obispos y presbíteros españoles se distinguieron mucho en los Concilios generales, y por sus trabajos en contra del arrianismo: todo lo cual confirman las Cartas de Vidal y Constancio, dirigidas á San Capreolo, Obispo de Cartago.

A la caída del imperio romano el mundo se estremece: reducidas las naciones á sus limites naturales ó á los que cien veces las traza la espada de sus conquistadores, cada cual forma un núcleo de civilizacion y de vida diferente; procuran reconstruirse, salvarse, conquistar, en fin, el privilegio de sus creencias, de sus instituciones, de sus leyes y religion.

Al llegar á este punto, la historia se hace mas difícil de

escribir; no es un solo pueblo, no es una raza la privilegiada, son muchos pueblos antes reducidos á la esclavitud, son razas diversas con su fisonomía propia, exclusiva, las que reclaman nuestra atención.

Los siglos de lucha son siglos de barbárie: nosotros, que trazamos la historia de una de las manifestaciones del espíritu, de la inteligencia, de la actividad del hombre encargado por Dios para difundir la verdad, preciso nos es confesar que durante algun tiempo, no solo en España, sino fuera de España, la elocuencia del púlpito decae visiblemente, siendo pocos los oradores dignos de especial mención.

España, que durante mas de doseientos años luchó heroica por su independencia, y reducida á provincia Romana envió á la metrópoli sus hijos mas ilustres; España, abandonada por los Césares para entretener la rapacidad de los pueblos del septentrion, cambia de señores á cada instante; y alanos, y suevos y vándalos caen sobre sus fértiles llanuras y ricas vertientes, asolan sus campos, incendian sus templos, destruyen los alcázares y las chozas, y lo convierten todo en sangre, en ruinas, llanto y desolacion.... ¿cómo resistir tan inesperado y potente empuje? ¿cómo salvarse de los numerosos escuadrones, de las turbas indisciplinadas, ciegas, que mas que mandar, incitan al robo y al pillaje caudillos como Guntario, Rechila y su hijo Rechiario?

Ataulfo, mas por ambicion que por generosidad, quiso salvar á nuestros mayores y murió sin conseguirlo: Walia adelantó algo mas en la obra de la restauracion comenzada por su antecesor, pero llamado por Constancio á las Galias interrumpe sus conquistas, dejando que los alanos saciasen su

sed de venganza en los indefensos moradores de las comarcas que se estienden del Pirineo al Océano.

Para momentos tan criticos en la vida de los pueblos, para instantes tan precarios en la historia de las naciones tiene la religion cristiana recursos fecundisimos de consuelo. En los dias de mayor dolor el sacerdote de esta religion salvadora se multiplica y se engrandece, llevando el aliento de la esperanza y el vigor de la fé á los pechos comprimidos: tal fué la tarea gloriosa reservada entonces á los Obispos y á los ministros del altar: sus discursos, sus exhortaciones han podido perderse para la posteridad, pero no la memoria de haberlos predicado.

Sembráronse entonces los gérmenes fecundos del patriotismo que nos distingue á los hijos de España: de ese patriotismo, creciente siempre al calor de la idea religiosa; de la unidad de culto, que hoy se combate sacrilegamente en nombre de la libertad, olvidando que desde antes del siglo V hasta el año 1808, España se ha levantado grande, heroica, unida y compacta á la voz del ministro del altar, que nunca la ha hecho, ni la hará traicion, que la acompañó siempre al campo de batalla, que compartió sus fatigas en la época de la reconquista y que presidió gozosa sus victorias cantándolas al pié del altar.

¡Religion sublime, religion grande la que tales sentimientos inspira y tales hechos produce! Arrancad, arrancad primero las páginas de la historia de mi pátria, los que pedís se rompa lazo tan fuerte, lazo tan intimo y santo para conseguir vuestros propósitos; quitaos la máscara, decid si pedís, en nombre de un culto mejor, la desaparicion del culto cristiano, ó es que no teniendo culto alguno os estorba para vues-

tros planes una religion que triunfó en Sevilla, que triunfó en Granada, que triunfó en Madrid, en Zaragoza, en todas partes de estraños, advenedizos y cobardes invasores.

Teodorico, por fin, auxiliado por los borgoñones, entra en España, y á orillas del Orbigo vence á Richiario, quedando poco despues asegurada entre nosotros (470) la monarquia visigoda de mas feliz recuerdo.

Merced á las investigaciones modernas, hoy ya es posible apreciar la historia literaria de la edad media, de ese laboriosísimo período en que la humanidad trabajó con incansable afan, y con el cual se mostraron bien ingratos los que mas directamente recogieron la rica herencia de sus grandes sacrificios y sus desvelos. En el siglo VI Italia sostiene, como hemos dicho antes de ahora, la causa de las letras en medio del desbordamiento de la barbárie; vienen despues Beda, Carlo-Magno y otros, que contribuyen á levantar con su actividad ó con su genio la antorcha del saber; pero á quien mas debe la causa de la civilizacion en su lucha con la barbárie, es á España; á España cabe la gloria de haber ilustrado al mundo en los tiempos del mayor oscurantismo y la mayor ignorancia; sin España, la tradicion de las edades pasadas hubiérase perdido en gran parte.

Antes de entrar de lleno en el estudio de la escuela de Sevilla, que por su importancia habremos de consagrarla el capítulo siguiente, preciso es que hagamos mencion de algunos varones que se distinguieron por su elocuencia en el período menos estimable de la primera mitad de los siglos medios, así en España como en otros paises, por ser bien contados y en pequeño número.

En medio de las tinieblas que se estendian por todas partes envolviendo, segun dice un escritor contemporáneo, los últimos reflejos de la caída civilizacion romana, la ciudad eterna abrió sus puertas á los moradores del desierto, que traian al seno de Europa, con la austeridad de sus costumbres, las venerandas tradiciones de la vida monástica, recogidas ya en respetados códigos por la solicitud de Pacomio y de Macario.

La milicia ilustre de los monges comparte con ardoroso afan el celo y la actividad de los Prelados: entre todas las órdenes, la de San Benito uniformó todos los monasterios á una disciplina; por lo cual dice el señor Muñoz y Garnica que ninguna regla fué mas completa, ni se estendió tanto como esta en la Iglesia latina, produciendo beneficios incalculables en los siglos VI y VII en gloria de la religion, provecho de la humanidad y bien de las letras: sus predicadores llevaron la fé á los bárbaros, y conservaron y trascibieron las obras clásicas de la antigüedad griega y romana: los fieles veneraron á los monges, y nada menos que esto merecian los que aparecen en estos siglos de oscuridad y de barbárie como centinelas avanzados de la civilizacion.

«Semejantes esfuerzos, escribe el erudito y apreciable autor de la *Historia crítica de la literatura española*, á quien antes de ahora hemos citado (1), dando á la Iglesia, al terminar el siglo VI, un soberano Pontifice en la persona del benedictino Gregorio, á quien la posteridad apellida con el título de *Magno*, no podian dejar de producir en las Españas abundantes frutos. Estendida en el Occidente la congregacion de San Benito, natural parecia que modificase la re-

(1) Señor Amador de los Rios.

gla del solitario de Sublago todas las que antes existian, si bien lograra al propio tiempo introducir Donato la de Augustino; y afirmadas sobre ambas la vida del cláustro, ya generalizada en la Península (1), echáronse los fundamentos á los renombrados monasterios Dumiense, Máximo, Asaniense,

(1) El docto académico de la Historia D. Antonio Siles, en una erudita memoria sobre el *Origen y progresos del monacato español*, inserta en el tomo VIII de las de aquel renombrado cuerpo, sostuvo la opinion de que, aun habiendo tomado extraordinario incremento en España la vida solitaria del cláustro, antes del concilio III Toledano, no fué admitida en aquellos monasterios la regla de San Benito, cuya propagacion en el Occidente pone á principios del siglo VIII, bajo el pontificado de Gregorio II. Muchas son las razones que para probar este aserto alega, así como para demostrar que tampoco trajo á España el abad Donato la regla de Augustino. Pero como quiera que no puede menos de reconocer que los monges anteriores á la época por él designada (718) observaban diferentes reglas; como obtuvo la de San Benito extraordinario éxito desde su aparicion, siendo elogiada y calificada de *santa* á fines del siglo VI por Gregorio Magno, cuyas palabras eran veneradas en toda la cristiandad; como lograba en Africa la institucion de Augustino el mas notable aplauso; y finalmente, como las costumbres de la Iglesia española debian asemejarse mas á las de las naciones occidentales que no á las de Oriente, nos inclinamos á creer que si no fueron generalmente abrazadas y seguidas desde luego las reglas de Augustino y Benito, como pretenden probar respetables escritores, debieron ejercer en el monacato español señalada influencia. De esto nos aseguran las instituciones particulares que han llegado á nuestros dias, debidas ya á San Isidoro, ya á San Fructuoso, ya á otros célebres Prelados, en las cuales hallamos la misma tendencia y el mismo espíritu que anima principalmente á la de San Benito. (Mabillon, *præfat. ad sæcul I, Benedic.*, núms. 74 y 75, Act. SS.) Aun en la escrita por San Leandro, dirigida á su hermana, encontramos la misma índole: el virtuoso Prelado de Sevilla condena en todo la ociosidad, y como San Benito, propone para vencerla la oracion, el trabajo y el estudio: así dice á Florentina: «*Lectio tibi sit assidua, iugisque oratio dum dantur tibi tempora et officia, ut postquam legeris, cres; et postquam oraveris, legas (cap. XV).*» San Leandro le añade que mientras haga alguna labor, le lea otra monja, á fin de tener siempre honestamente ocupado el espíritu. Parece, por tanto, racional el admitir la influencia de ambas

Servitano, Agaliense y otros muchos (1), estableciéndose en ellos vigorosos centros de actividad, desde donde, como de inespugnables alcázares, salian nuevas colonias para extenderse por las mas lejanas comarcas, no sin que alguna vez hallaran, en premio á su acendrada solicitud, la persecucion y el martirio (2). Impuestos por todas las constituciones monacales el trabajo y el estudio; prescrito el cultivo de la música, que se contaba entre las siete artes liberales, cundian entretanto por todas las regiones de Iberia tan poderosos elementos de cultura, que relacionados mas principalmente con los católicos, reanimaban su espíritu, y sacándolos del abatimiento en que la opresion visigoda los hundiera, los preparaban á la victoria, hallando en el monacato denodados aliados.—Juan, abad dumiense, Eutropio, abad servitano, Juan de Biclara y Leandro subian á las sillas de Dumio, Valencia, Gerona y Sevilla por voto unánime del pueblo, que en

reglas en la forma que dejamos consignada, bastando, sin embargo, á nuestro propósito el que, como declara y prueba el autor de la referida Memoria, se reconozca la grande estension que habia tomado el monacato, y su legitima influencia en la religion, las letras y las costumbres antes del concilio III Toledano.

(1) En la carta dirigida por el monge Drumario á Fontano, hablándose de los monasterios fundados por San Martin Dumiense, y admitiéndose la regla benedictina, se escribe: «*De fructu ventris sui possuerunt Deus et Sanctus Pater noster Benedictus supra sedes suas monasterium Dumiense, Antoninum, Victorinum, Tabanense, Bargense, Magnetense, Turricense, Claudinum, Cabanense, Acerense; de quibus sicut de Petri retibus fas est dicere: Et rumpebatur rete præ multitudi-ne piscium.*» (Berganza, *Antigüedades de España*, pág. 35, número 491.)

(2) Tal sucedió por los años de 554 al abad Vicente y al prior Ramiro, del monasterio de San Claudio de Leon, quienes con otros doce monges sufrieron el martirio, por no renegar de la fé católica. (Yepes, *Crónica de la Orden de San Benito*, año 554, cap. II; Berganza, *Antigüedades de España*, pág. 58, núm. 151.)

tan solemne forma galardonaba su saber y sus virtudes; ejemplo que debia mas tarde repetirse con los Heladios, Eugenios é Ildefonsos.

Por tan extraordinarias sendas llegaba pues la raza hispano-romana á competir con la raza visigoda, pareciendo imposible que humillada y envilecida bajo feroz coyunda, osara al cabo medir con ella sus brios, aspirando á señorearla en el terreno de la inteligencia. Pero ni el Cristianismo habia triunfado con el hierro, ni habia ambicionado jamás el imperio de la fuerza: todas sus luchas eran morales: sus armas la palabra y el ejemplo; su norte único la felicidad humana. En aquella lamentable contienda, engendrada por los desaciertos de la política de los últimos Césares y trasferida á una esfera verdaderamente social por las espoliatorias leyes visigodas, menester era por tanto encaminar todos los esfuerzos al triunfo de la verdad evangélica, que hacia iguales á todos los hombres: los Padres de la Iglesia habian combatido sin tregua la doctrina de Arrio, condenada solemnemente en el concilio de Nicea: rechazado pues el error que en valde intentaban propagar los sectarios del presbitero de Alejandria, aun empleando el terror para conseguirlo, debian solo aspirar los Prelados católicos de España á robustecer la fé de los suyos, y á tan laudable fin dirigen todos sus esfuerzos. La elocuencia cristiana, que habia destruido el politeismo, y que aniquiló en todas partes la heregía, volvió á tomar sus armas para defender la causa de lo porvenir del mundo; y aunque no apareció ya brillante y lozana, como en los primeros siglos, ni ostentó las galas de un arte refinado, resaltaban en ella el noble celo del bien universal, la sinceridad de la creencia y la severa sencillez de la doctrina, bastándole tan altas dotes para derramar

en medio de la barbárie vivos resplandores. No otras fueron las prendas que ennoblecian á los Prelados católicos, quienes solo alcanzaban tan elevado ministerio en premio de su profundo saber y de sus eximias virtudes, ora floreciesen en la soledad del cláustro, ora arrostraran en el mundo la saña y persecucion de las potestades arrianas.

En tan loable tarea tomaron parte los mas distinguidos Obispos de las Españas: la provincia Tarraconense contaba entre sus hijos predilectos á los hermanos Justo, Nebridio, Justiniano y Elpidio; la Cartaginense se ilustraba con Liciniano; la Bética aumentaba con Severo sus gloriosos timbres; la Lusitana hallaba en Apringio un elocuente orador, respetado por su saber, no menos que por su talento. Aparecen estos varones, á quienes tributa Isidoro de Sevilla las mas señaladas alabanzas, y se muestran á la contemplacion del filósofo, como otros tantos faros en medio de las borrascas de aquella edad, llenando con la claridad de sus nombres desde el bonancible reinado de Teudis hasta la época memorable de Eutropio, Leandro y Juan de Biclara. No puede la posteridad quilatar por desgracia todas las obras que produjeron: perdidas en su mayor parte, solo es dado ya reconocer su importancia, tanto por el asunto de que tratan como por el juicio que sobre ellos formaron sus coetáneos, apareciendo todos aquellos insignes Obispos asociados al extraordinario movimiento intelectual que se operaba en el seno de la raza hispano-latina, como consecuencia inevitable de la situacion en que el Cristianismo es encontraba.

Mas si únicamente sabemos ahora que Elpidio, Nebridio y Justiniano ejercitaron sus ingenios contra la heregía, procurando al par mantener viva en sus pueblos la llama de la